

ESPAÑA ROMÁNICA, ESPAÑA GÓTICA

«Con paso tardo, aunque firme» marcha hacia su culminación la *Historia de España* planificada y dirigida hasta su muerte (1936-1968) por D. Ramón Menéndez Pidal. Proseguida su producción desde 1975 por el prestigioso historiador –catedrático y académico– José M^a Jover Zamora, su lento progreso viene conociendo paralelamente una paulatina actualización de aquellos primeros volúmenes cuya materia ha sido objeto de trascendental renovación a lo largo de las décadas transcurridas. A la vista del año 2000, no cabe duda de que la hoy titulada *Menéndez Pidal* será la *Historia de España* por antonomasia (emblemática, dirían algunos) del siglo XX.

El desigual ritmo de aparición de sus entregas no ha seguido el orden cronológico –y lógico– de su contenido. El alto número de autores, la irregular disponibilidad, activa y pasiva, de colaboradores especialmente adecuados para tratar en el momento preciso las épocas y fenómenos convenientes, han determinado la alterada maduración de los volúmenes en cuanto a su normal sucesión.

A la altura de 1997, pocos son ya los que aguardan ver la luz. Y un importante capítulo de la obra en su conjunto es el que constituyen los recientes tomos XI y XVI, consagrados a la historia de nuestra cultura medieval*.

TRATADO SOBRE LA MATERIA

Coordinados respectivamente por los profesores F. López Estrada y J. A. García de Cortázar, ambos componen, conjuntamente, un verdadero tratado sobre la materia, ciertamente difícil de sistematizar. Pero esa dificultad ha resultado vencida, gracias a un tratamiento rigurosamente original de planteamiento y ejecución.

Partiendo de los propios titulares de uno y otro tomos, los términos de «cultura», «románico» y «gótico» han sido analizados etimológica, semántica y hasta morfológicamente, justificando su aplicación conceptual al tema.

«Cultura» no sólo significa actividad superior, noble, intelectual, del ser humano y de la sociedad, sino también vida física y natural de uno y otra, incluso en cuanto a actitudes y comportamientos receptivos, pasivos, frente a lo material.

En esencia, el estudio de este conjunto consiste en acumular lo antropológico a lo tradicionalmente tenido en exclusiva por «cultural». Así –consigna García de Cortázar–, son consideradas las concepciones del mundo y las realizaciones filosóficas, científicas, literarias, plásticas o musicales; pero también los modos de

* FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA (coord.), *La cultura del románico. Siglos XI al XIII. Letras, religiosidad, artes, ciencia y vida*. Tomo XI de la *Historia de España de Menéndez Pidal*. Madrid, Espasa-Calpe, 1995, XXVIII+746 pp.

JOSÉ ÁNGEL GARCÍA DE CORTÁZAR (coord.), *La época del gótico en la cultura española (c. 1220-c. 1480)*. Tomo XVI. Madrid, Espasa-Calpe, 1994, XL+960 pp.

vida común; lo que –decimos nosotros– tiene actual vigencia bajo la designación de «vida cotidiana».

En cuanto a la justificación de los apelativos caracterizadores «románico» y «gótico» como algo más que sendas adjetivaciones de meros estilos artísticos, es notable la argumentación del coordinador del primero de los volúmenes, Francisco López Estrada. De la derivación puramente lingüística de «romanicus-a», inherente a «*opus romanum* denaturé», «*langue latine estropiéé*», asistimos a su ampliación al campo de la Estética y a su posterior generalización como peculiaridad histórica, desarrollada a lo largo del siglo XIX. En definitiva, a su significación, precisamente, de «modo de vida» y, por extensión, a «espacio histórico» perfectamente caracterizado.

Análogo fenómeno constituye la aplicación del adjetivo «gótico» a otro período de la cultura occidental, encuadrable, por lo que hace a la Historia española, entre los años de 1220 y 1480 y despojado de su acepción estética, emancipada, a su vez, liberalmente, de su verdadero significado original (a partir de «godo» = «germano»).

ENCICLOPEDIA DE LOS SABERES

La compartimentación de los diversos campos en que tradicionalmente se considera articulada la «Cultura» compone, por lo demás, una verdadera enciclopedia de los saberes y creaciones intelectuales de nuestra Historia medieval. Permításe-nos señalar para su conjunto una gran originalidad o especial novedad de su tratamiento.

Tal virtud posee por ejemplo –cincuenta años después de su magistral ordenación pionera por D. Benito Sánchez Alonso– el singular tratado de Historiografía que entraña el capítulo dedicado a este género literario en su etapa «románica» por el profesor Juan Gil. (Continuación, en cierto modo, de su obra en colaboración *Crónicas asturianas*, publicada en 1985 por la Universidad de Oviedo.) Completado, por lo que hace a la producción cronística de los siglos XIII al XV, en la breve exposición interpretativa del profesor Mitre Fernández.

La consideración histórica de la lengua como «medio de la relación social» (profesor Manuel Alvar) y de las lenguas troncales y marginales (López Estrada), en ambos casos acompañada por la manifestación literaria de los sucesivos géneros y etapas, otorga a lo que pudiera haber sido una repetitiva y breve historia de nuestra literatura medieval un especial enfoque de ésta, verdaderamente «cultural».

«Abrégés» efectivos de Historia del Arte, aunque tampoco meras consignaciones enumerativas, son los capítulos consagrados a dicha materia por los doctores Bango Torviso, Caamaño Martínez y colaboradoras.

Aunque –séame de nuevo permitida esta personal apreciación– lo que, a nuestro juicio, constituye una novedad absolutamente excepcional por su volumen y monografismo en esta clase de obras realizadas en equipo, son las síntesis relativamente detalladas (valga el contrasentido) dedicadas por los doctores Vernet y Samsó, por un lado, y García Ballester, por otro, a las Ciencias físico-naturales y a la Medicina. Así como el no menos excepcional panorama «iniciático» que al historiador y al lector profano facilita el profesor Fernández de la Cuesta en sus dos magistrales capítulos sobre la música medieval.

Excelente guía a través de los «Estudios Generales» hispanos, luego de una descripción funcional de los órganos de transmisión del saber de la época gótica, proporcionan con eficacia informativa los doctores Santiago-Otero y Soto Rábanos, brindando ámbito a las contemplaciones de la producción, el sentimiento y las vivencias eruditas y populares del sentimiento religioso, las estructuras eclesíásticas y el pensamiento filosófico-moral (profesores Linage Conde, Fernández Conde y Gómez Moreno).

LIBERTAD METODOLÓGICA

Señalemos, para concluir, la libertad metodológica de que cada uno de los coordinadores de uno y otro volúmenes ha gozado y dispensado entre sus colaboradores. Así, por ejemplo, la presentación de su estudio de «La vida» (la vida cotidiana) en la época románica por la profesora Ruiz Montejo, en torno a la clásica tripartición de los órdenes sociales medievales («bellatores», «oratores» y «laboratores»); mientras que el doctor García de Cortázar desarrolla su esquema sobre el mismo tema en la época gótica en una primera fase de su estudio («Primum vivere») y a lo largo de un escalonamiento de los diversos elementos básicos de subsistencia (alimentación, vestido, vivienda); para pasar después al hilo de los ritmos de la vida individual y colectiva: del nacimiento a la muerte de la persona (infancia, juventud, estado, envejecimiento final), con sus respectivos episodios, ritos y manifestaciones; más la secuencia y jalonamiento de la vida colectiva: del día al año y a la estación (horarios, fechas significativas, trabajos temporales, fiestas, acontecimientos, ceremonias...)

En suma: una visión caleidoscópica, pero orgánica (enciclopédica, apuntamos más arriba), que sirve de digno trasfondo al contenido político, económico, social e institucional de los volúmenes consagrados a esa etapa que llamamos medieval, en el «magnum opus» que es la *Historia de España de Menéndez Pidal*.

La *Historia de España* del siglo XX. La elaboración histórica de nuestro propio ser, propia de nuestro propio siglo*.

ELOY BENITO RUANO

TEMPRANA HISTORIOGRAFÍA LATINA MEDIEVAL DE ESPAÑA

En los últimos años se observa fuera de nuestro país un interés creciente por la historiografía que, por otra parte, parece que también comparte el medievalismo español. ¿Podemos considerar este fenómeno como la voluntad de algunos historiadores de incorporar el factor cultural al análisis histórico? Responder a esta pregunta de manera afirmativa, sin contar todavía con la perspectiva suficiente, creemos que sería atrevido por nuestra parte. No obstante, lo que sí resulta palpable es que las obras literarias de los autores medievales, entre las que se encuentran las históricas,

* Esta reseña ha sido publicada previamente en «Saber/Leer, Revista crítica de libros» de la Fundación Juan March, n.º 104, Abril 1997, p. 3.

atraen cada vez más la atención de los investigadores, pues las ven como una alternativa a las fuentes tradicionales (documentales, arqueológicas e iconográficas, principalmente), ya que éstas se han mostrado hasta la fecha insuficientes para dar respuesta a los múltiples interrogantes que todavía plantea el estudio de la cultura medieval. En este contexto, pues, es en el que quisiéramos comentar el reciente trabajo de Mario Huete sobre la historiografía latina medieval de la Península Ibérica*.

Se trata básicamente de un repertorio de fuentes historiográficas latinas que abarca todo el ámbito peninsular entre los siglos VIII y XII, centrado de manera exclusiva en lo que el autor llama la «historiografía política», es decir, aquella «cuyo principal objetivo es el relato de los acontecimientos relativos al gobierno y administración de los territorios cristianos». Sobre ellas, además, el autor realiza un exhaustivo trabajo de actualización bibliográfica, donde se resumen tanto los antiguos como los más recientes logros alcanzados por la investigación. Se puede decir, por tanto, que nos encontramos ante una obra de extraordinaria utilidad, no sólo para los estudiosos de la historiografía española, sino también para medievistas interesados en literatura latina y la historia textual. Su publicación, por otra parte, se hacía ya necesaria, teniendo en cuenta que se acaban de cumplir cincuenta años desde que Sánchez Alonso sacara a la luz el último estudio de conjunto realizado en España sobre su historiografía medieval.

Sin embargo, el libro que aquí comentamos es algo más que un simple repertorio bibliográfico. Efectivamente, el autor tiene además la clara intención de introducir un cierto orden en el confuso panorama de la producción historiográfica latina de los siglos VIII al XII, lo cual, sin duda, le ha tenido que plantear más de un problema. Hay que tener en cuenta, en este sentido, que el descubrimiento en estos últimos años de nuevas fuentes, unido a los avances experimentados por la crítica textual, han permitido hasta la fecha identificar un conjunto bastante heterogéneo de piezas historiográficas y, por tanto, difícilmente clasificables. No obstante, el autor resuelve esta situación mediante un examen interno de las fuentes, que le lleva a ordenarlas, de manera novedosa, en nueve áreas historiográficas: *mozárabe, astur-leonesa, galaica, portuguesa, castellano-leonesa, navarra, aragonesa, ribagorzana y catalana*.

Un análisis de conjunto de los trabajos realizados sobre la historiografía latina medieval nos permite hacer una doble lectura del estado actual de la investigación, que si por un lado muestra logros evidentes, por otro revela las deficiencias que todavía existen en este campo. Todo lo cual, finalmente, nos lleva a reflexionar sobre uno de los males que actualmente aquejan a la historia cultural, y en concreto a la historia del pensamiento: el estudio de las fuentes.

En general, en los últimos cincuenta años se observa que una buena parte de los esfuerzos realizados han ido encaminados fundamentalmente a la publicación de los textos, lo cual ha incrementado notablemente el número de ediciones. Gracias a ello la narrativa histórica goza hoy día de una divulgación quizá mucho mayor a la de cualquier otro género latino de la alta Edad Media. Hay en esto, sin embargo, importantes desigualdades que ponen de manifiesto dos cosas: por un lado, el mejor trato de favor que reciben algunas piezas historiográficas respecto a

* MARIO HUETE FUDIO, *La historiografía latina medieval en la Península Ibérica (siglos VIII-XII). Fuentes y bibliografía*. Madrid, Universidad Autónoma, 1997. XII+118 páginas.

otras, situación perfectamente detectable –como no podía ser de otro modo– en el caso de las fuentes más significativas; y por otro, la falta de unidad de criterios a la hora de editar los textos.

Hay que resaltar, no obstante, que en este tiempo se han producido importantes avances en lo que se refiere al conocimiento del propio género historiográfico. Es precisamente en esta campo donde el libro de M. Huete representa una aportación especialmente original, al ofrecernos lo que puede considerarse como el estudio tipológico más completo realizado hasta la fecha sobre fuentes historiográficas latinas a partir del siglo VIII. En él, partiendo del análisis tanto de los aspectos formales como de contenido habidos en las cincuenta y siete piezas estudiadas, el autor distingue hasta diez subgéneros o «tipos historiográficos» como son la *crónica*, la *historia universal-local*, la *historia*, la *noticia histórica*, los *anales*, el *lateralculo*, la *nómina*, la *genealogía*, el *obituario* y, finalmente, las *obras mixtas*.

Pero, aparte de estas cuestiones, existen otras sobre las cuales los investigadores han prestado también mucha atención. La obra que comentamos permite que nos fijemos especialmente en una de ellas que, si bien no es la única que se ha suscitado sobre el tema, sí es al menos, la que parece presentar mayores problemas de resolución. El asunto no es otro que la procedencia de los textos. La búsqueda de respuestas a esta cuestión ha generado hipótesis muy diversas que el autor ha condensado esquemáticamente, centrando la cuestión en tres aspectos: la datación cronológica de los textos, la identificación de su autoría y, finalmente, el lugar de origen de la fuente. El hecho de que la mayoría de la piezas historiográficas se hayan transmitido refundidas en otros textos o en copias posteriores, hace que la crítica de procedencia se convierta en un campo perfectamente abonado para las conjeturas. No obstante, todas ellas resultan enriquecedoras por cuanto suscitan el debate historiográfico, que finalmente es el que alienta la investigación. Dado el carácter sintético del trabajo realizado por Huete no nos es posible conocer, si no es acudiendo a la bibliografía por él aportada, cuáles son los argumentos esgrimidos por cada uno de los autores en sus respectivas hipótesis. Sin embargo, la sola enumeración de las diferentes posturas adoptadas nos hace ya ver el grado de complejidad que ofrece el tema.

Por lo que respecta a la cuestión de la autoría de las fuentes, aunque se han adelantado algunas conjeturas que vinculan determinadas obras a ciertos personajes de la vida cultural y política de la Península Ibérica de los siglos VIII al XII, lo cierto es que la mayor parte de la producción historiográfica de este período sigue siendo todavía anónima. En los últimos años, además, la lista de historiógrafos anónimos parece haberse incrementado al descubrirse que en la elaboración de muchas de estas piezas, tenidas hasta entonces como únicas, intervino más de una mano, generalmente partiendo de lo que el autor llama un «texto-base» que sufriría numerosas adiciones e interpolaciones posteriores. Esta circunstancia, por otra parte, ha venido a complicar otro de los asuntos espinosos de la investigación historiográfica, como es el problema de la datación cronológica de los textos. Quienes se vienen ocupando de estos temas no sólo han debido de tener en cuenta la datación de ese «texto-base» al que acabamos de referirnos, sino también la de todos los añadidos posteriores.

Pero, por encima de cuestiones de autoría o datación cronológica, la narrativa histórica nos plantea un interrogante, si cabe mayor: ¿dónde se escribieron estos

textos? Aquí, efectivamente, es donde menos ha progresado la investigación. No sería exagerado afirmar que avanzar en este campo supondría aproximarnos no sólo a las claves del pensamiento historiográfico, sino, además, al verdadero panorama cultural de la Península Ibérica de los siglos VIII al XIII, sin duda, mucho más rico de lo que pudiera parecer. En este sentido, pensamos que tal vez se haya puesto más el acento en trazar la evolución del pensamiento historiográfico que en tratar de descubrir los factores que han hecho posible dicho desarrollo. Pues, si bien es cierto que el elemento ideológico, como motor histórico, juega un papel relevante en este proceso, no menos importantes son los medios materiales de carácter cultural que lo hacen posible. Estos, a nuestro entender, son los que finalmente hacen posible el fenómeno historiográfico, su creación y difusión. En consecuencia, alabamos que el autor de este trabajo haya ordenado las fuentes por áreas historiográficas y no por períodos, como suele ser frecuente entre los historiadores de la literatura latina, pues, aunque esto no suponga forzosamente una relación directa con los centros de producción textual más próximos geográficamente, es lógico pensar que así fuese, a excepción hecha de la historiografía mozárabe, la cual merecería un tratamiento especial o diferenciado del resto.

El tema, sin embargo, no parece que resulte fácil, ya que si por lo que respecta a la datación de los textos se pueden adelantar algunas hipótesis a partir de un examen minucioso de los mismos, esto no siempre resulta posible a la hora de determinar geográficamente su composición. A pesar de todo, parece existir cierta unanimidad entre las opiniones más autorizadas —señalemos, entre otras, las de Pérez de Urbel, David, Menéndez Pidal, Sánchez-Albornoz, Díaz y Díaz, Canal, Sánchez Alonso, Gómez Moreno, Várquez de Parga, Ubieto, Lacarra, Abadal, Coll i Alentorn, Valls Taberner o Barrau-Dihigo— en ubicar la composición de muchas de estas piezas en centros monásticos. Es éste el caso del cincuenta por ciento de las fuentes recogidas por el autor, mientras que en la mitad restante hay un buen número de ellas cuyo origen se desconoce por completo.

Esta identificación de la producción historiográfica con algunos centros religiosos se detecta principalmente a partir de la segunda mitad del siglo X, y sobre todo ya en el siglo XII. Entre los que se citan se encuentran los monasterios de Lorvão y Santa Cruz de Coimbra, en Portugal; San Juan de Corias, en Asturias; Sahagún, en León; Monte Laturce, Santa María de Nájera y San Millán de la Cogolla, en la Rioja; San Juan de la Peña y Montearagón, en Aragón; Alaón, en Ribagorza; y los de San Miguel de Cuixá, Santa María de Ripoll, San Cugat y San Juan de las Abadesas, en Cataluña. Polémica resulta, sin embargo, la ubicación de la «domus seminis», donde se redactó la fuente conocida como *Crónica silense* y que ha dado lugar a numerosas interpretaciones.

Por otra parte, la relación entre los centros de producción historiográfica y los *scriptoria* monásticos no es casual, pues sabemos que durante la alta Edad Media los monasterios fueron los principales centros culturales de la sociedad. Es en ellos donde el hombre medieval recibía la formación más completa del momento. Allí se educaron príncipes y princesas, futuros reyes y obispos. En este sentido, la lista de hombre ilustres de la cultura altomedieval de la Península Ibérica relacionados con la vida monástica sería larga de enumerar. Por otro lado, en los monasterios se encontraba también la mayor parte de las colecciones de textos existentes. Igualmente, casi todos los libros que se producían salían de aquellos recintos. En defi-

nitiva, podemos decir que los monjes fueron quienes verdaderamente hicieron posible la difusión del pensamiento medieval. Esto explica, por ejemplo, que sea precisamente un monje el que ofrezca la versión más culta de la llamada *Crónica de Sampiro*, sólo conocida por haberse transmitido intercalada en fuentes posteriores.

Los ejemplos arriba mencionados parecerían suficientes como para hacer pensar que otras muchas piezas de la narrativa histórica –cuya procedencia ignoramos– fueron igualmente creadas o copiadas por monjes. Sin embargo, adelantar hipótesis en este sentido resulta todavía hoy arriesgado. El motivo es claro: de los monasterios altomedievales, a pesar de que hemos llegado a conocer bastante bien su dimensión institucional y económica, todavía es muy poco lo que sabemos sobre su vida cultural y –lo que más nos interesa– cómo se manifestaba ésta en las diferentes regiones de la Península, ya sea dentro como fuera de sus claustros. Nos referimos, pues, no sólo a la formación de bibliotecas, la copia de manuscritos, la compilación de textos y sus reelaboraciones o la circulación de manuscritos, sino también a lo que es propiamente su labor educativa, especialmente la que va dirigida a los laicos, algunos de ellos futuros dirigentes políticos, con quienes, ya en el ejercicio de sus cargos, ciertos monjes –bien por amistad o competencia profesional– siguieron manteniendo estrechas relaciones personales, bien como consejeros, notarios, cronistas o en cualquier otra función pública en la que se requiriese cierto bagaje cultural. Todo esto, repetimos, nos es desconocido. Y, sin embargo, seguramente se encuentre aquí la respuesta, si no a todas, sí al menos a una parte importante de los muchos interrogantes que todavía hoy nos sigue planteando el estudio de los textos altomedievales a partir del siglo VIII.

El tiempo transcurrido y el hecho de que todavía nos encontremos lejos de poder determinar el origen, la autoría o la datación de una parte importante de los textos historiográficos conservados, podría hacernos creer finalmente que la investigación se encuentra en un callejón sin salida. Aceptar esta situación equivaldría a renunciar al conocimiento de nuestro pasado cultural y reconocer, por tanto, el fracaso del método histórico; idea que por otra parte no compartimos. La labor histórica, como toda labor científica, está colmada de retos y no cabe duda que la historiografía medieval es uno de ellos. Por esta razón, hemos de felicitarnos por la publicación del trabajo de M. Huete, ya que representa un estímulo importante para la investigación futura. Desde este punto de vista, creemos que esta obra está llamada a marcar una nueva etapa en los estudios sobre historiografía altomedieval, como en su momento la marcó la de Sánchez Alonso para el conjunto de la historiografía nacional.

J. PARRAL PUERTA

Universidad Complutense de Madrid

TEMAS MONOGRÁFICOS DE HISTORIA MEDIEVAL

Introducir y orientar con espíritu científico y voluntad metodológica a un público no especializado en el estudio de puntos clave de la Historia es, sin duda, una atractiva empresa, digna de la mayor atención.

Tal iniciativa ha tomado Arco/Libros, S.L., confiriéndola (o secundando su idea) a un pequeño grupo de Profesores de la Universidad Complutense de Madrid.

Al frente de la materia medieval, alineada junto a las de Historia Antigua, Moderna y Contemporánea, aparece el Catedrático y Académico Miguel Ángel Ladero Quesada y son hasta ahora nueve las entregas realizadas de las que tenemos noticia y conocimiento directo: *El Imperio de la Europa Medieval*, por Máximo Diago Hernando; *Las Universidades en la Edad Media*, por M.^a Pilar Rábade Obradó; *Las ciudades de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media* por Manuel F. Ladero Quesada; *Los monjes y la cristianización de Europa*, por Margarita y Santiago Cantera Montenegro; *Nobleza y caballería en la Edad Media*, por M.^a Concepción Quintanilla Raso; *El Pontificado medieval*, por J. Manuel Nieto Soria; *Las ciudades en el Occidente medieval*, por María Asenjo González; *Los renacimientos de la Filosofía medieval*, por Sergio Rábade Romeo; *La Agricultura en la Edad Media*, por Enrique Cantera Montenegro; y *La organización institucional de la Iglesia en la Edad Media*, por Jorge Díaz Ibáñez. Se hallan anunciadas para pronta edición, entre otras, *Los judíos en la Europa medieval*, por Javier Castaño González; *Reinos y señoríos de la España medieval* y *La colonización y poblamiento en la España medieval*, ambos títulos por Miguel A. Ladero Quesada.

Cada una de las realizaciones de tan sugestivos temas comporta una sucinta descripción de la materia enunciada, acompañada de sendos complementos utilitarios en forma de glosarios, selección de textos y de bibliografía y —en un par de ocasiones— esquemas geográficos ilustrativos.

La calidad de las respectivas exposiciones se halla fuera de toda reserva. Su brevedad es la que deja un tanto con la miel en los labios al medievalista ligeramente iniciado, que desearía encontrar en cada uno de estos breviaros una mayor apoyatura, suficiente para otros tantos desarrollos, ya didácticos (montaje de un conjunto de lecciones), ya operativo (señalamiento de trabajos individuales o de Seminario). Observación que cabe hacer especialmente a los escuetos glosarios y a la parva crestomatía de los textos seleccionados.

Claro está que la propia concepción de la Serie (incluidos los no menos sugestivos títulos de materia no medieval) se declara dirigida *ad usum* de «alumnos de primeros cursos de las especialidades de Historia, para Profesores y alumnos de Bachillerato y para cuantas personas cultas quieran tener una visión precisa y sintética sobre las cuestiones que se abordan». Finalidad, por supuesto, perfectamente servida y alcanzada (y aun superada) dentro de los límites expresados. Pero es, precisamente, la excelencia de esta planificación la que excita nuestro deseo de un mayor desarrollo de los elementos empleados, que hubiera puesto también en manos de más curtidos usuarios instrumentos de mayor alcance.

Es quizá la evocación en este sentido de un viejo proyecto nunca llevado a cabo (una serie análoga, concebida en términos de base para el desarrollo de sendos *Cursos Monográficos* del tipo de las ya extinguidas *European Problem Studies* —americana— y *Questions d'Histoire* —francesa—). Lo que me ha llevado a anexionar mentalmente los productos realizados a mi propia desiderata en términos de noble envidia.

En definitiva, estimo que la serie comentada debe ser incorporada desde este momento a las incluidas en la *Antología de textos y docencia universitaria* que confeccionara el Prof. Carlos de Ayala para el núm. 5 de *MEDIEVALISMO* (1995, pp. 316-328).

VISION Y TESTIMONIO DEL SABER HISTÓRICO

Tengo a la vista dos libros: los dos se titulan *Historia y pensamiento histórico* y los dos tienen un mismo autor: Emilio Mitre Fernández. Pero uno está publicado en Buenos Aires en 1974 (Editorial Paidós, 175 págs.) y el otro en Madrid en 1997 (Ediciones Cátedra, 274 págs.).

¿Se trata de dos ediciones de una misma obra, la segunda, como es usual, «corregida y aumentada»?

Sólo en muy pequeña parte. En la primera, el Prof. Mitre hizo una breve —y excelente, por su claridad y precisión— exposición de los conceptos teóricos y metodológicos de la Historia como narración, como conocimiento y como especulación (relato, ciencia y filosofía), con el fin de «facilitar al lector un sucinto panorama de la evolución y estado actual de la ciencia histórica», a fin de predisponerle a un mejor aprovechamiento de las treinta y dos «lecturas» seleccionadas como representativas de las Escuelas y actitudes historiográficas a lo largo del tiempo.

La segunda de las obras del título citado absorbe la esencia, no el contenido doctrinal, de su predecesora, desarrollándola ampliamente e insertándola —injeriéndola, diríamos mejor— en una exposición mucho más amplia. Esta otra versión contempla toda una panorámica de «Las grandes etapas del pensamiento histórico» (I. *De la Antigüedad al fin del Antiguo Régimen*; II. *Del fin del Antiguo Régimen al fin de la Historia*), prolongada hasta las últimas visiones contemporáneas acerca del ser y el conocer históricos. En este sentido están descritos y explicados los ámbitos de la «Historia total», la «Historia de las Mentalidades», «El fin de la Historia»... pródomos de los textos de Veyne, Julliard, Duby, Fukuyama, con que se incrementan hasta un total de cincuenta y dos las piezas antológicas de los autores seleccionados.

En definitiva, una amplia y diáfana visión del devenir del saber y el laborar históricos, con el testimonio original y específico de sus principales actores.

E. BENITO RUANO